

La recepción de la historiografía francesa en América Latina, 1870-1968*

Carlos Antonio Aguirre Rojas **

Resumen: Este ensayo intenta reconstruir los complejos itinerarios que ha seguido la influencia de la historiografía francesa en los ámbitos intelectuales de ciertos países de América Latina, entre 1870 y 1968. También propone una periodización general de este proceso y un mapa de las diversas áreas culturales de Latinoamérica para tratar de explicar los auges y reflujos de esta presencia francesa.

Abstract: This essay tries to reconstruct, in general, the different and complex ways of the followers of French historiography in several intellectual spaces of Latin American countries, between 1870 and 1968. The author proposes a time table and a map of the different cultural zones in order to explain the expansions and contractions lived by this French presence in Latin American historiography.

...estamos convencidos de que por mucho tiempo, sabremos cien veces mejor la historia de Francia, que los franceses la historia de México...

JUSTO SIERRA

De naturalezas e influencias diversas

Abordar el complejo problema de la influencia, la presencia y la recepción de una cierta historiografía —en este caso la francesa— en un universo distinto que es el de las ciencias sociales y la historiografía de otra zona del planeta —en este caso América Latina— implica necesariamente preguntarse acer-

* Ponencia presentada en el *Workshop "Science and the Historical Discipline in a Transcultural Perspective"* organizado por el *German Historical Institute* en la ciudad de Washington el 4 y el 5 de octubre de 1997.

** Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

ca de la relación que existe entre los dos medios culturales que aquí se interconectan, es decir, entre el medio que produce las influencias que se estudian y el medio que recibe, asimila e incorpora dichas influencias; así como del propio carácter y naturaleza de cada uno de los medios considerados (Klengel).

En esta misma línea resulta interesante jugar con la comparación permanente entre los dos medios involucrados, comparación que al reconstruir las curvas de desarrollo de la historiografía francesa y de la historiografía latinoamericana de los años 1870-1968 nos permitirá establecer con más claridad sus respectivas periodizaciones y sus diferentes elementos constitutivos.¹

Si comenzamos por observar la historiografía latinoamericana de este periodo podremos comprobar que, como toda historiografía, ella expresa en el plano cultural y de manera compleja a la propia civilización latinoamericana. Y esta última es, como afirma Fernand Braudel, una suerte de "Europa fuera de Europa", es decir, una civilización profundamente mestiza que incluye entre sus matrices constitutivas originarias a la propia civilización europea (1987). Dado que desde hace cinco siglos la civilización latinoamericana se encuentra profundamente integrada en la dinámica del mundo occidental, entonces la historiografía latinoamericana se ha constituido, desde su propio origen, en un sector particular de la propia historiografía occidental.

Si la civilización latinoamericana forma parte de la civilización occidental, esto quiere decir que ambas comparten los mismos códigos culturales. Así se establece la plataforma real que hace posible que la historia y la cultura latinoamericanas sean altamente receptivas a las principales conquistas y a los principales desarrollos de la cultura y de la historia occidentales, con los que tienen una relación que —a diferencia de otras historiografías como la china, la japonesa, la musulmana, etc.—, no está marcada por la oposición, la resistencia, el conflicto y la dificultad de comunicación, sino al contrario, por una fluida interconexión y por un acercamiento recíproco.²

Por estas mismas razones la historiografía latinoamericana reproduce, en líneas generales, la periodización y los cambios que caracterizan a la historiografía europea de los últimos dos siglos. Sus curvas de desarrollo corren prácticamente paralelas, reproducen las mismas coyunturas generales y se ven impactadas por los mismos acontecimientos para desplegar, finalmente, tendencias evolutivas estructurales similares y cercanas entre sí.

¹ Como lo ha explicado claramente Marc Bloch en los artículos "Comparaison" y "Pour une histoire comparée des sociétés européennes" (1995).

² Lo que explica, por ejemplo, que los mismos *ethos* europeos se reproduzcan, con sus peculiaridades, en América Latina (Echeverría, 1993, 1994).

Aunque América Latina forma parte del mundo occidental, lo hace desde una condición periférica que se ha reproducido también durante medio milenio. Ello ha implicado cierto atraso económico y social y una mayor escasez de recursos, lo que a su vez se ha visto reflejado en el cumplimiento tardío o en el lento desarrollo de ciertas tareas o empresas institucionales directamente conectadas con el ámbito de la actividad cultural.

A partir de esta situación la historiografía latinoamericana ha conocido ciertos desfases respecto a sus homólogas europeas, por ejemplo, el vasto movimiento de recuperación, organización, clasificación y puesta a punto de los distintos archivos históricos que en Europa se lleva a cabo en el siglo XIX, en América Latina sólo habrá de realizarse durante el siglo XX. El proceso de profesionalización de la disciplina histórica —que implica la fundación oficial de cátedras universitarias, la apertura de escuelas de historia, la organización de bibliotecas y de secciones de bibliotecas especialmente dedicadas a este campo, el nacimiento de revistas de historia y de asociaciones profesionales de historiadores, etc.—, en Latinoamérica se cumple con 30, 50 ó 70 años de diferencia respecto a los procesos europeos (Aguirre, 1997). Aunque algunas innovaciones intelectuales o nuevas perspectivas historiográficas se asimilan casi inmediatamente, los procesos de tipo institucional tardan lustros y a veces décadas para ponerse en marcha adecuadamente.

Pero si el surgimiento tardío de la civilización latinoamericana respecto de su homóloga europea es una de las fuentes de esa condición periférica y por lo tanto del relativo atraso en términos del mencionado desarrollo institucional, dicho nacimiento tardío también es el origen de que la civilización de América Latina sea la más joven de todas las que hoy existen en el planeta. En una civilización que se ha visto obligada a marchar mucho más rápido que las otras las etapas históricas se cumplen de manera abreviada mientras que los procesos de incorporación de ciertos fenómenos necesariamente se acortan. El capitalismo, que en Europa tardó cinco siglos en desarrollarse, aquí se improvisa y estructura en tan solo siglo y medio. En lapsos de lustros o décadas se incorporan el sistema bancario, los ferrocarriles, la urbanización y la Revolución Industrial.

Puesto que la modernización cultural también se cumple a marchas forzadas, la historiografía latinoamericana asimila más ágilmente el legado de otras historiografías. Mientras que a la historiografía francesa le ha costado más de 20 años comenzar a reconocer la contribución de la microhistoria italiana³ y a los historiadores alemanes les ha tomado cuatro décadas acercarse más sistemática-

³ Jacques Revel recupera solo una parte de esa corriente de la microhistoria. No es una casualidad que el nombre de Carlo Ginzburg, así como sus aportes, no mencionados en el libro más que dos o tres veces.

mente a los aportes de la corriente francesa de los *Anales* (Middell y Sammler), la historiografía latinoamericana ha recibido más fácilmente esas contribuciones venidas de todos los rincones de la pequeña Europa.

Si los artículos de los historiadores británicos o estadounidenses incluyen un promedio de 90 ó 95% de referencias bibliográficas y de citas en inglés, los historiadores latinoamericanos citan con toda libertad lo mismo a Norbert Elías que a Carlo Ginzburg, a Bernard Lepetit o a Immanuel Wallerstein; a Edward P. Thompson y a Manfred Kossok al igual que a Mijail Batjin o a Walter Benjamin. Con ello se pone en evidencia el hecho de que en América Latina se ha asimilado muy rápido lo mismo a los sucesivos proyectos de los *Anales* que a los múltiples marxismos, a la microhistoria italiana, al positivismo, a la historia socialista británica, a la antropología histórica rusa, a la Escuela de Frankfurt o a la historia radical estadounidense (García). Además, si la asimilación de los aportes externos es más rápida, también es más cosmopolita, plural, múltiple y abierta al diálogo y al intercambio con el otro.

La civilización latinoamericana es tal vez la más mestiza del planeta, al haberse constituido como fruto de sucesivos intercambios, tanto biológicos como culturales, entre los distintos componentes europeos —principalmente el español y el portugués, pero también las pequeñas contribuciones de los italianos, los franceses, los ingleses y los alemanes—, que se mezclaron con las varias civilizaciones indígenas —la maya, la inca y la azteca, principalmente— y con los distintos grupos de población negra, también diversos y venidos de varias regiones de África (Todorov; Echeverría, 1993, 1994).

Esta mezcla constante produjo una civilización compleja, multicolor, con múltiples rostros y aristas, lo que la ha determinado como una civilización más tolerante, con menos barreras hacia las diferencias étnicas, raciales, culturales, con menos fobias y filias nacionalistas, de grupo y de identidad. Esto se ha proyectado en el campo de los estudios históricos, constituyendo a la historiografía latinoamericana como una historiografía que lee y recibe todo, sin límites y sin fronteras, que recupera sin prejuicios y sin problemas a todas las corrientes, los autores, las obras, las tendencias y las perspectivas historiográficas venidas de los horizontes más disímiles (Aguirre, 1995).

Frente al hecho de que Heidegger fue leído sistemáticamente en Francia gracias a Jean Paul Sartre y de que Foucault fue incorporado por los alemanes luego de ser criticado por Habermas, de que Nietzsche fue traducido al francés gracias a la reivindicación de su obra por parte de Foucault y de que Braudel fue leído y discutido en Alemania después de haberse vuelto un *best-seller* en el mundo anglosajón, la historiografía latinoamericana hace gala de un univer-

salismo y una apertura mucho mayores al traducir e incorporar a todos estos autores de manera más directa y temprana.

De periodizaciones europeas y latinoamericanas

Al aproximarnos a la curva de la historiografía latinoamericana entre 1870 y 1968 podemos reconocer tres claras etapas que en líneas generales coinciden con la periodización de la historiografía europea correspondiente a esos mismos años. Ésta curva también se refiere a los momentos y coyunturas sociales de la historia de Europa. Los ritmos generales de la historia occidental son compartidos tanto por Europa como por América Latina, lo que lleva a ambas civilizaciones a acompasar sus curvas evolutivas de acuerdo con cortes más o menos sincrónicos y en temporalidades bastante similares. Ello implica que las historiografías producidas en dichos espacios civilizadores se despliegan y transforman de acuerdo con estos periodos específicos de las historias generales, los que también resultan válidos para la descomposición de los periplos recorridos por esos mismos estudios históricos.

Podemos establecer una primera etapa que va de 1870 a 1910-1914 y que corresponde al nacimiento del modo de producción capitalista en distintos espacios de América Latina. Es el periodo final del largo siglo XIX latinoamericano, marcado tanto por los primeros intentos de industrialización, de urbanización y de modernización de estas sociedades, como por la consolidación de los mapas nacionales, que delimitarán, *grosso modo*, las actuales fronteras de las naciones latinoamericanas. También marca la última etapa de las hegemonías europeas sobre las distintas áreas de América Latina.

La segunda etapa corre de 1910-1914 a 1945 y es en muchos sentidos una etapa de transición. Se da entonces la sustitución de la hegemonía que Europa había ejercido sobre América Latina durante cuatro siglos por una nueva hegemonía, ahora detentada por Estados Unidos. Esto en el contexto de la crisis económica de 1929, el ascenso del nazismo, el fascismo y el franquismo en Europa y la profunda crisis de la razón y de la civilización europeas desplegada entre las dos guerras mundiales (Aguirre, 1996a). América Latina vive el impacto de estos profundos reacomodos mundiales, a la vez que un proceso interno de reorganización: la primera modernización de sus estructuras sociales y el movimiento de sustitución de las élites dirigentes.

La etapa que arranca en 1945 y que se prolonga hasta 1968 marcando a Europa y a América Latina con los signos del auge económico y de la movilidad social ascendente, una fuerte industrialización y un importante crecimiento de

los movimientos sociales integrados, habrá de romperse finalmente, en América Latina, con la irrupción de la revolución cubana y con el impacto de la enorme revolución cultural de 1968.

Estas fechas de la historia latinoamericana, que fijan tres claras coyunturas históricas, son también las principales fechas de la historia europea. Coyunturas que se han reflejado en el plano de la cultura y de la historiografía, determinando así el carácter específico del impacto de la historiografía francesa en América Latina que aquí intentamos explicar. Veamos entonces la periodización ya esbozada.

El periodo de 1870 a 1910 es, en América Latina, la etapa final de un accidentado y largo siglo XIX caracterizado por múltiples conflictos políticos, por guerras civiles crónicas y por recurrentes golpes de estado que se combinan con la emergencia lenta pero firme de sociedades claramente capitalistas. Se acentúan los proyectos que intentan consolidar a las naciones latinoamericanas delimitando fronteras y espacios nacionales precisos, creando sólidos mercados internos y desarrollando el conjunto de símbolos y ritos de la identidad nacional (Aguirre, 1990).

Esto hace que la historiografía de aquella época —aún no profesionalizada y desarrollada por *amateurs* o por científicos venidos de otras disciplinas— sea una historiografía con vocación nacionalista que se pregunta por las raíces históricas de las identidades nacionales y por los itinerarios de gestas, logros y conquistas de los pueblos “a través de los siglos” y que indaga sobre los valores específicos de cada país mediante el examen de los grandes acontecimientos de los momentos decisivos de una cierta región latinoamericana.

En el conjunto de las ciencias sociales latinoamericanas de aquella época la influencia decisiva es sin duda la francesa, entonces derivada del positivismo de Augusto Comte y de sus discípulos. La visión positivista aplicada a todos los campos del saber sobre lo social sirve de modelo a las élites políticas y culturales latinoamericanas. Se crea una escuela positivista en México, define el lema de la bandera brasileña hasta hoy vigente y estimula a esas célebres generaciones de afrancesados que a fines del siglo XIX y principios del siglo XX están presentes a todo lo largo y ancho de los países del subcontinente (Nogueira; Perrone-Moises; Sánchez).

Esta visión positivista de origen francés impulsa en América Latina el surgimiento de una historia metódica basada en una rigurosa compilación y ordenación documentales, apegada a la descripción rigurosa de los hechos y a la construcción de interpretaciones positivas de los mismos, en tanto verídicas, exactas y que pretenden imitar, dentro del ámbito de lo social, al modelo entonces en boga dentro de las ciencias naturales.

El periodo de 1870-1910 puede considerarse como el clímax de la influencia de la cultura francesa en América Latina. Lo que parece contrastar —aunque como veremos después se trata sólo de una apariencia— con el hecho de que entre 1870 y 1930 son la historiografía y las ciencias sociales germanas las que detentan una clara hegemonía sobre el resto del mundo occidental. Es en Alemania o en Austria en donde se genera la innovación historiográfica y en donde tienen lugar los principales debates de la época.

Esa hegemonía del mundo germano llega a América Latina filtrada a través de sus variantes francesas. Más que leer a Bernheim se lee a Langlois y a Seignobos y el positivismo que aquí impera deriva del comtismo y no de Ranke ni del positivismo alemán. Al haberse constituido el francés como “lengua de cultura” de las élites culturales y políticas, toda influencia europea pasa a través de su espejo.⁴

La siguiente etapa, que va de 1910 a 1945, será un periodo de transición. Etapa muy distinta a la que le precede, marcada tanto en Europa como en América Latina por profundos cambios, reacomodos radicales, crisis diversas y yuxtapuestas y por fenómenos culturales de signo crítico y de una profunda creatividad. Pues el periodo entre las dos guerras es el de la crisis económica de 1929, del trágico ascenso al poder del nazismo, del fascismo y del franquismo, de la revolución rusa y de la pérdida de la hegemonía europea detentada sobre todo el planeta entre los siglos XVI y XIX, y que hacia esta época pasa a manos de los Estados Unidos.

En ese contexto surge una crisis profunda de la razón europea cuestionada tanto por el psicoanálisis freudiano como por la antropología crítica inglesa, por los aportes de los marxismos soviético, gramsciano, de la Escuela de Frankfurt y de los *Anales de Historia Económica y Social*.⁵

En la historiografía europea declina entonces la hegemonía germana y comienza a emerger la nueva hegemonía francesa que habrá de desplegarse aproximadamente entre 1930 y 1968. Mientras tanto en América Latina se vive la ofensiva económica, social, política y cultural de los Estados Unidos, que bajo el slogan “América para los americanos” tratan de sustituir a las influencias culturales europeas con el *American way of life* y con el americanismo cultural.

Aunque esta ofensiva cultural estadounidense es, en términos generales, bastante fallida —lo que se debe al hecho de que es sobre todo una cultura téc-

⁴ Sobre esta adaptación del positivismo en América Latina, véase para el ejemplo argentino el libro de Diana Quattrocchi-Woisson.

⁵ Lo que se expresa en la crítica de la idea de progreso que está en el corazón del proyecto de la Escuela de Frankfurt (Benjamin, 1983a, b).

nica sin una sólida tradición en el campo de la reflexión sobre lo social—, es en cambio más existosa al lograr una cierta retracción de las influencias culturales europeas presentes en el subcontinente. Entre 1910 y 1945 la influencia francesa en América Latina decayó notablemente, dejando un vacío que entonces fue llenado tanto con elementos autóctonos como con otras influencias diversas.

Los procesos globales que culminan con la revolución mexicana y su impacto en toda la región —revolución que otorgó a México el liderazgo en Latinoamérica durante la primera mitad del siglo XX, hasta la emergencia de la revolución cubana— producen una acelerada actividad cultural que se expresa lo mismo en el movimiento modernista brasileño que en la fundación de revistas, editoriales y grupos intelectuales mexicanos, en el florecimiento de las tertulias y de los grupos de renovación cultural peruanos o en el crecimiento y propagación de proyectos innovadores en las universidades argentinas (Guilherme; Burga; Silva; Díaz; Quattrocchi; Aguirre, 1997).

Procesos complejos, cambios y reacomodos profundos que también van a impactar a la historiografía. Con la sola excepción de Brasil, en toda América Latina se vive, después de la Primera Guerra Mundial, un proceso de repliegue de la influencia francesa a nivel cultural, que viene acompañado de una intensa actividad cultural y que permite el florecimiento de otras influencias europeas y de fenómenos intelectuales más autóctonos.

Sin embargo en Brasil se fundan las Universidades de Sao Paulo y de Río de Janeiro, que convocan sendas Misiones Francesas para dar un fuerte impulso a sus distintas carreras en ciencias sociales entonces nacientes, a la vez que llevan a cabo la real profesionalización de sus estudios históricos, la implantación oficial y definitiva del oficio de historiador. Junto a Roger Bastide, François Perroux, Pierre Monbeig o Claude Lévi-Strauss, que fecundaron otros campos y disciplinas sociales del universo brasileño de esos años 30's, los brasileños recibieron las enseñanzas de Emile Coonaert, Henri Hauser y Fernand Braudel, dentro del terreno específico de la historia. Lo que explica que en la actualidad sea precisamente Brasil el país mas receptivo en relación a los aportes y a las innovaciones generadas por el pensamiento social francés contemporáneo (Rolim y Cohelo; Lefebvre; Freitas; Aguirre, 1994).

El caso de México, en cambio, es mucho más característico de la tendencia general de este periodo. Aquí, luego del fin de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Mexicana, comienza un proceso de intensa actividad cultural que incorpora dentro de las esferas tradicionalmente consideradas como de la alta cultura, a segmentos, temas y motivos de la cultura popular. También un relanza-

miento importante de la alfabetización masiva y una difusión popular de ciertos elementos de la cultura universal (Monsiváis).

Florecen las editoriales, las nuevas revistas, los grupos académicos y culturales, al mismo ritmo en que crecen la matrícula de las universidades, los intercambios culturales con el exterior y la fundación de nuevos institutos, sociedades de estudios y asociaciones de profesionistas diversos.

En este contexto de renacimiento cultural intenso llega a México la emigración española republicana que, obligada a abandonar España por el ascenso de Franco, traerá a México todo un conjunto de autores, tendencias e influencias germánicas. Han sido los profesores españoles del exilio los que han constituido el vehículo para esta importante difusión de la historiografía de matriz germánica, primero a través de sus cursos y luego mediante sus traducciones al castellano de los textos originales. Pues junto a las enseñanzas de Heidegger, de Marx o de Hegel también se han traducido y propagado los trabajos de Ranke, de Mommsen, de Friedlander, de Burkhardt, de Meinecke, de Max Weber, de Werner Sombart, de Alphons Dopsch, de Alfred Weber y de Wilhelm Dilthey.

Vinculándose directamente con el grupo mexicano de la revista *Cuadernos Americanos* —el grupo más importante dentro de la cultura mexicana de los años 30's, 40's y 50's—, estos exiliados españoles han hecho publicar en la editorial Fondo de Cultura Económica a los autores alemanes y austriacos, lo que ha permitido el desarrollo de una influencia directa —y no filtrada— de esa rica historiografía germánica, no sólo en México sino en toda América Latina (Lida, 1992; Díaz).

Combinando esta importante presencia de la historiografía germánica con la retracción general de la influencia cultural francesa y con la intensa y multi-forme explosión cultural de las propias sociedades latinoamericanas, este segundo periodo comienza a afirmar las bases de la progresiva profesionalización de la disciplina histórica, que arranca en Argentina desde comienzos de siglo y es secundada por Brasil en los años 30's y por México en los años 40's, proceso que seguirá un poco más tardíamente el resto de los países latinoamericanos.

La Segunda Guerra Mundial provoca cambios en el mundo entero que dan paso a una nueva coyuntura cultural que comienza en 1945 y que cubre todos los años de la posguerra, para cerrarse con la importante revolución cultural de 1968 de escala y efectos planetarios. Una última coyuntura, la de 1945-1968, al ser considerada en conjunto con las dos coyunturas antes esbozadas, nos permite hacer evidentes, de manera más clara, las tendencias estructurales de larga duración que subyacen a los procesos que aquí analizamos.

Los cinco lustros subsecuentes a la Segunda Guerra Mundial están marcados por el crecimiento y la recuperación económicos, por la acelerada reconstrucción

européa impulsada por el Plan Marshall y por todos esos fenómenos que producen lo mismo el "milagro japonés" que los "treinta años gloriosos" de la economía francesa, la época dorada del "desarrollo estabilizador" mexicano o el gran salto adelante de la industrialización brasileña, que condujo al proceso conocido como "subimperialismo brasileño" (Hopkins y Wallerstein).

El crecimiento económico y la rápida industrialización se combinaron con una intensa movilidad social ascendente, escenario general de cambios importantes dentro de la esfera cultural. Es en esta coyuntura de la segunda posguerra cuando en Europa se eclipsa definitivamente la hegemonía de la cultura germánica para ceder el puesto a la nueva dominación cultural de origen francés. Así, al paso que se popularizan los estudios estadísticos y la cuantificación de los fenómenos sociales, se afirman tanto las múltiples olas del estructuralismo como las diversas variedades del marxismo mediterráneo, cuyas influencias se dejan sentir por igual en la historia y la economía, en la filosofía y la lingüística, pero también en el psicoanálisis y la ciencia política, así como en el derecho y la antropología (Dosse, 1991-1992; Aguirre, 1998).

Mientras tanto en América Latina tienen lugar los grandes debates y las contribuciones de las teorías desarrollistas y de la dependencia, que replantean de una manera crítica y a veces muy original este estatuto de ente periférico y dependiente, haciendo interesantes aportes respecto a la explicación de la historia de la civilización latinoamericana durante sus últimos cinco siglos de vida.

En el plano de la cultura y de la historiografía desaparece, en términos generales, la ofensiva estadounidense para imponer el "americanismo cultural", lo que abre nuevamente las puertas a una renovada penetración de la cultura francesa.

En 1944 se funda en la ciudad de México el Instituto Francés de América Latina, que en 1945 es secundado por el nacimiento del Instituto Francés de Puerto Príncipe, en Haití, y en 1947 por el lanzamiento del Instituto Francés de Santiago de Chile. Al año siguiente se funda en Lima el Instituto Francés de Estudios Andinos, dando origen a dos importantes y activas filiales en Ecuador y en Bolivia. Estas iniciativas, impulsadas por el gobierno francés, tienen como función declarada la de construir los marcos institucionales para un nuevo relanzamiento de la cultura francesa dentro de las distintas atmósferas culturales latinoamericanas (Chonchol y Martiniere; Bataillon y Guiraud).

Ésta se expresará, en primer lugar, en la multiplicación de traducciones y ediciones de autores franceses al castellano. En estos años se publican las primeras traducciones de la *Apologie pour l'Histoire*, de Marc Bloch y de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, de Fernand Braudel, editadas en México por el Fondo de Cultura Económica en 1952 y 1953, respectivamente. Siguien-

do la ruta iniciada con las traducciones de las obras del gran historiador belga Henri Pirenne, la *Historia económica y social de la Edad Media*, publicada en 1939, y la *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, editada en 1942. En 1956 se publican en castellano el *Martín Lutero*, de Lucien Febvre, y prácticamente todos los textos de "La Evolución de la Humanidad", colección dirigida por Henri Berr, editados en México por la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana en los años 50's y 60's. Esta colección incluye, entre otros trabajos, *La sociedad feudal*, de Marc Bloch, *La síntesis en la historia*, del propio Henri Berr o *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, de Lucien Febvre.

Esta efervescencia se complementa con la presencia de varios de estos autores en América Latina. Así, resulta interesante comprobar que Lucien Febvre estuvo en Brasil durante el último trimestre de 1949 y visitó México en 1950, mientras que Fernand Braudel realizó una estancia de trabajo de cinco meses en Brasil, en 1947, visitando Argentina, para retornar en 1953, dando conferencias y reanudando vínculos académicos importantes en México, Perú, Chile y Brasil (Aguirre, 1993a).

Como contrapartida se incrementa significativamente el número de latinoamericanos que se aplican seriamente al aprendizaje de la lengua de Balzac y de André Malraux.

Todo ello corre paralelo con el proceso de transformaciones de la historiografía, se consolida la profesionalización de la disciplina histórica dentro de los países más desarrollados del subcontinente —Argentina, Brasil, México y Perú—, a la vez que comienzan a crearse las condiciones para esa profesionalización en el resto de la región. Se multiplican las escuelas de historia, las cátedras de introducción a la historia dentro de otras carreras en ciencias sociales, se organizan los archivos y se crean nuevos museos históricos, América Latina incorpora rápidamente las condiciones generales que presupone el ejercicio moderno y más orgánico del oficio de historiador.⁶

Vinculados a este proceso de legitimación social de la disciplina histórica se consolidan también grupos de vanguardia en cuanto a la innovación historiográfica e incluso a la innovación en ciencias sociales, que construyen verdaderas redes de sociabilidad intelectual que serán fundamentales para las culturas de varios de los países de la región. Serán justamente los grupos de la revista *Cuadernos Americanos* en México, de la *Revista de Historia* en Brasil, de la Sociedad de Estudios Históricos en el Perú y de la revista *Imago Mundi* en Argentina,

⁶ Sobre este punto véase: Pedro Moacyr Campos; Lida, Clara E. y José A. Matesanz; Quattrocchi-Woisson y los artículos de Juan Carlos Korol, Manuel Burga, Marcia Mansor D'Alessio, Antonio García de León y Edelberto Cifuentes incluidos en *Eslabones*, núm. 7, 1994, México.

los que al mismo tiempo que invitan, reciben y organizan las actividades académicas de los intelectuales franceses, inciden en los principales proyectos de renovación radical de los estudios históricos en sus respectivos países.

Grupos o redes de sociabilidad intelectual que, en general, han tenido un perfil progresista desde el punto de vista político, desarrollando posiciones críticas, antiautoritarias y de izquierda, a la vez que se mantenían con una vocación cosmopolita y con una sensibilidad particular hacia los aportes de la cultura francesa de la época. Grupos que, además, han sabido proyectar su influencia más allá de las fronteras de sus países de origen, lo que en el caso del grupo mexicano de la revista *Cuadernos Americanos* se ha convertido en una amplia presencia (Carballeo; Silva).

Hacia una explicación general

Si analizamos las principales curvas evolutivas de la historiografía latinoamericana de los últimos 150 años podremos constatar fácilmente que la influencia que se revela como más duradera, persistente, sistemática y profunda es la ejercida por la cultura y la historiografía francesas. Una influencia constantemente renovada que rebasa el ámbito historiográfico para proyectarse en una parte importante del conjunto de las ciencias sociales e incluso de las artes y de las humanidades.

Ésta se remonta a la fecha decisiva de 1789 y a los efectos mundiales que ha tenido el gran movimiento de la revolución francesa. Es después de esta revolución que en toda América Latina la cultura francesa se convierte en un referente fundamental de todas las élites políticas y culturales, definiéndola como el horizonte general más relevante ajeno a los elementos constitutivos de nuestra cultura mestiza.

Esta influencia francesa no se despliega, sin embargo, de una manera directa y lineal, sino de manera cíclica, irregular, siguiendo una curva llena de desfases, de ascensos y de reflujos, de relanzamientos diversos alternados con eclipses evidentes.

Este movimiento se ejemplifica claramente en las coyunturas de los años 1870-1910, 1910-1945 y 1945-1968 que antes hemos referido. Esta asimilación de las influencias francesas se perfila, entonces, como una de las estructuras de larga duración de la cultura latinoamericana de las últimas dos centurias.

El propio término de América Latina es una invención francesa de origen colonialista pero que con el tiempo ha mutado radicalmente de sentido para connotar ahora una clara vocación antiimperialista que —en nuestra opinión—

se explica por la matriz europea originaria, hispana y portuguesa, que confluye en el complejo mestizaje que crea a la civilización de América Latina, de carácter claramente mediterráneo.

Europa es, desde el punto de vista de su definición como civilización, en realidad dos Europas, tal y como lo ha explicado claramente Fernand Braudel. Dos Europas que dialogan y que se oponen permanentemente, a la vez que se presuponen y complementan (Braudel, 1987, 1997; Elías; Simmel).

Una Europa mediterránea, la más antigua, la del vino y el olivo, la del arado ligero y la ropa de lino, las casas de piedra y el lujo expansivo, la Europa de la cultura y del discurso floridos, la visión empirista y la construcción colectiva y mediada de los productos culturales. Una primera Europa de la sensibilidad cultural mediterránea de larga duración, que a lo largo de los siglos se ha visto confrontada con la segunda Europa, la de los espacios septentrionales, la Europa nórdica, más joven que la primera, la de la cerveza y la mantequilla, el arado pesado y la ropa de lana, la de las casas de madera y el consumo administrado y medido, la del discurso y la cultura austeros, más económicos en su argumentación, con una visión más filosófica y una construcción más personal y directa de la obra cultural.

Dos Europas que han cruzado el océano Atlántico para reproducir su propia oposición, diferenciando a la América al norte del río Bravo —con la sola excepción del Canadá francés—, América de origen noreuropeo, y por lo tanto más cercana a la cultura de esa Europa septentrional, frente a la de América Latina, de matriz hispanoportuguesa y en consecuencia mucho más deudora de los aportes y desarrollos de la cultura de la Europa mediterránea.

Y puesto que dentro de esa cultura europeo-mediterránea Francia ha tenido un papel preponderante en los últimos tres siglos, resulta explicable el papel que esa cultura ha tenido en América Latina desde la revolución francesa hasta nuestros días.

Pero también es cierto que la cultura la historiografía latinoamericanas se caracterizan por un cosmopolitismo profundo. Por lo tanto la historiografía del subcontinente siempre ha estado abierta a la recepción de otras influencias culturales, que si bien han sido más limitadas en términos de su difusión geográfica o más puntuales en cuanto a su impacto temporal, no han dejado de estar presentes y de ocupar un cierto lugar dentro de la historia de la cultura y de la historiografía de América Latina.

Un posible ejemplo de esta influencia es la difusión de la historiografía alemana en el México de los años 30's y en menor medida en la América Latina de los años 40's, 50's y 60's. O también la presencia— referida sobre todo a historias

nacionales, generalmente carentes de una visión global de los procesos y los hechos históricos que estudian— de la historiografía estadounidense enfocada en los distintos países de América Latina, historiografía producida principalmente después de la gran ruptura cultural de 1968.

Asimismo podemos mencionar la influencia, propia de la coyuntura de los años 1968-1989 (Aguirre, 1996b), de la historiografía británica de tipo marxista que popularizaron en los años 70's y 80's los trabajos de Eric Hobsbawm, Rodney Hilton, Perry Anderson y Edward P. Thompson, entre muchos otros. O los aportes de la microhistoria italiana, que partiendo de Brasil, México y Argentina después de 1989, encontrarán un fuerte eco en los espacios historiográficos de toda Latinoamérica.

El complejo mapa de las influencias culturales e historiográficas que han impactado a América Latina se construye con múltiples elementos que dejan resaltar una línea dominante, la de la cultura y la historiografía francesas, junto a un abanico de líneas paralelas como las influencias alemana, británica, italiana o estadounidense, entre otras.

Igualmente resulta interesante comprobar, desde una visión general de todo este periplo recorrido por la historiografía latinoamericana durante los años de 1870 a 1968, el carácter singular de la coyuntura intermedia de 1910-1945 determinada como una coyuntura de transición. En ella se hacen evidentes los contrastes entre influencias locales y particulares e influencias permanentes y generales, es decir, entre influencias dominantes y otras tendencias paralelas; al mismo tiempo que algunos intentos autóctonos, y específicamente latinoamericanos, de desarrollo de los estudios históricos.

Junto al eclipse de la influencia francesa, al florecimiento de la historiografía alemana —que en esa época pasa directamente y sin el filtro francés— y al fallido intento estadounidense, durante el periodo entre guerras se despliega una intensa ebullición cultural latinoamericana que ameritaría ser estudiada con más cuidado y que se expresará en el original intento de interpretación histórica característico del marxismo de José Carlos Mariátegui (Terán; Arico), en los debates acerca de la identidad o de la falsa realidad de una civilización específica de América Latina, y más tardíamente en el intento por definir el ser del mexicano, la “brasilianización” de los estudios históricos o la búsqueda de una filosofía específicamente latinoamericana.

Todo ello dentro de un horizonte que revela el carácter profundamente occidental de la América Latina —llamada acertadamente por algún autor reciente el “extremo occidente”— así como su carácter de civilización nueva, joven, mestiza y cosmopolita.

Lo que implica que si bien América Latina asume sin conflicto su componente occidental, trata de proponer a ese mismo occidente una salida a su crisis histórica actual. Se trata, entonces, de superar una crisis no por el lado del abandono o de la simple negación de ese camino occidental, sino por la vía de su asunción integral y de su ulterior radicalismo, es decir, desde su interior y con las mismas armas que ese occidente ha forjado en los últimos 150 años de su historia, y que son la razón crítica y radical contemporáneas.

Al acercarnos a la situación contemporánea tenemos que partir de la consideración de los impactos de la revolución cultural de 1968 (Wallerstein; Braudel, 1993; Dosse; Aguirre, 1993b). Dicha revolución cultural, de clara difusión planetaria y con evidentes efectos de orden civilizador, ha terminado con muchos de los principales mecanismos de la reproducción cultural que tuvieron vigencia entre 1870 y 1968. Al incidir en los espacios dentro de los cuales se genera, procesa, transmite y reproduce la cultura de las sociedades modernas, es decir, en las estructuras de funcionamiento de la familia, la escuela y los medios de comunicación, el movimiento simbolizado en la fecha emblemática de 1968 termina por trastocar el vasto abanico de las ciencias sociales y, en consecuencia, el ámbito de los estudios históricos contemporáneos en todo el planeta.

Lo que termina en 1968 es el viejo modelo que dividía al mundo en regiones centrales y periféricas, otorgando a la historiografía producida en el centro la hegemonía en cuanto a la innovación en los modos de ejercer el oficio de historiador, mientras colocaba al resto de las historiografías en una posición subordinada, aunque con matices, incluso desde una postura crítica.

Resumiendo, entre 1870 y 1930 la hegemonía historiográfica perteneció, en general, al mundo germanoparlante y entre 1930 y 1968 estuvo detenida por Francia. Sin embargo, después de 1968 no existe más una nueva hegemonía historiográfica, porque hoy son tan importantes dentro de los estudios históricos los aportes de la tercera y la cuarta generación de los *Anales* franceses o de las distintas líneas de investigación de la microhistoria italiana como los desarrollos de la *neue sozial geschichte* alemana o la contribución de la *history workshop* británica.

Pero igualmente importantes y profundamente innovadoras son la antropología histórica rusa, la historia crítica estadounidense, la nueva historia institucional portuguesa o la floreciente historia regional latinoamericana de los últimos seis lustros. Lo que quiere decir que después de 1968 hemos entrado a una nueva configuración del modo de funcionamiento de los estudios históricos en occidente, configuración caracterizada por una intensa pluralidad y multiplicación de los centros de producción historiográfica y por la apertura de un nuevo —aunque todavía frágil— espacio de diálogo y de intercambio recíproco

entre todas las historiografías nacionales y regionales del planeta.

Nueva situación historiográfica mundial que constituye el escenario en el que habrán de plantearse y de resolverse los desafíos que la historiografía latinoamericana habrá de enfrentar en los próximos años.

Bibliografía

Aguirre Rojas, Carlos Antonio

- 1990 "Mercado interno, guerra y revolución en México. 1870-1920", en *Revista Mexicana de Sociología*, año 52, núm. 2, México.
- 1993a *Los Annales y la historiografía latinoamericana*, UNAM, México.
- 1993b "1968: la gran ruptura", en *La Jornada Semanal*, núm. 225, octubre, México.
- 1994 "Fernand Braudel, América Latina y Brasil", en *Eslabones*, núm. 7, México.
- 1995 "Née en 1492 sur le nouveau continent", en *Espaces Temps*, núms. 59-61, París.
- 1996a *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Quinto Sol, México.
- 1996b "Synchronisation et désynchronisation des mouvements historiques: un essai d'explication braudélienne de la rupture historique de 1989", en *Social Science Information. Information sur les Sciences Sociales*, vol. 35, núm. 4.
- 1997 "Metier d'historien et l'Amérique Latine. Assimilation et retentissement d'un texte majeur", en *Cahiers Marc Bloch*, núm. 5, París.
- 1998 "El legado intelectual de los Annales braudelianos. 1956-1968", en *Braudel a debate*, Fondo Editorial Tropykos/Fondo Editorial Buría, Caracas.

Arico, José (coordinador)

- 1980 *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Pasado y Presente, México.

Bataillon, Françoise y François Giraud

- 1986 *IFAL, 1945-1985*, IFAL, México.

Benjamin, Walter

- 1983a *Essais 1*, Denoel, París.
- 1983b *Essais 2*, Denoel, París.

Bloch, Marc

- 1995 *Histoire et historiens*, Armand Colin, París.

Braudel, Fernand

- 1987 *Grammaire des civilisations*, Arthaud-Flammarion, París, pp. 455-486.
- 1993 "Renacimiento, Reforma, 1968", entrevista publicada en *La Jornada Semanal*, núm. 226, octubre, México.
- 1997 "En France, le refus de la Réforme", en *Les écrits de Fernand Braudel. Les ambitions de l'histoire*, De Fallois, París.
- Burga, Manuel
- 1994 "Los Annales y la historiografía peruana. 1960-1990. Mitos y realidades", en *Eslabones*, núm. 7, México.
- Carballo, Emmanuel
- 1958 "Entrevista con Jesús Silva Herzog. Cuadernos Americanos defiende la libertad de pensar y actuar", en *La Gaceta*, año V, núm. 48, agosto, México.
- Chonchol, Jacques y Guy Martiniere
- 1985 *L'Amérique Latine et le Latinoaméricanisme en France*, L'Harmattan, París.
- Díaz Arciniega, Víctor
- 1994 *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*, FCE, México.
- Dosse, François
- 1989 "Mai 68: les effets de l'Histoire sur l'histoire", en *Cahiers de l'IHTP*, núm. 11, París.
- 1991 y 1992 *Histoire du structuralisme*, 2 tomos, La Découverte, París.
- Echeverría, Bolívar
- 1993 "La actitud barroca en el discurso filosófico moderno", en *Teoría. Revista de Filosofía*, año 1, núm. 1, julio.
- 1994 *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, Echeverría, Bolívar (coordinador), UNAM/El Equilibrista, México.
- Elias, Norbert
- 1989 *El proceso de la civilización*, FCE, México.
- Freitas, Sonia María de
- 1993 *Reminiscências*, Editora Maltese, Sao Paulo.
- García Cárcel, Ricardo
- 1997 "Prólogo", en *Diez años de historiografía modernista, 1985-1995*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Guilherme Mota, Carlos
- 1990 *Ideología da cultura brasileira 1933-1974*, Atica, Sao Paulo.

- Hopkins, Terence K. e Immanuel Wallerstein (coordinadores)
1996 *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Zed Books, Nueva Jersey.
- Klengel, Susanne (coordinadora)
1997 *Contextos, historias y transferencias en los estudios latinoamericanistas europeos*, Vervuert, Frankfurt.
- Langlois, Charles y Charles V. Seignobos
1972 *Introducción a los estudios históricos*, La Pléyade, Buenos Aires.
- Lefebvre, Jean-Paul
1989 "Les professeurs français des missions universitaires au Brésil (1934-1944)", en *Cahiers du Brésil Contemporain*, núm. 12.
- Lida, Clara E.
1992 *La Casa de España en México*, COLMEX, México.
- Lida, Clara E. y José A. Matesanz
1993 *El Colegio de México: una hazaña cultural. 1940-1962*, COLMEX, MÉXICO.
- Middell, Matthias y Steffen Sammler
1994 *Alles geworden hat geschichte. Die schule der Annales in ihren texten*, Reclam Verlag Leipzig, Leipzig.
- Moacyr Campos, Pedro
1954 "O estudo da historia na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de Sao Paulo", en *Revista de Historia*, año V, núm. 18, Sao Paulo.
- Monsiváis, Carlos
1985 "La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana", en *Historias*, núms. 8-9, México.
- Nogueira, Emilia
1953 "Alguns aspectos da influencia francesa em Sao Paulo na segunda metade do século XIX", en *Revista de Historia*, año IV, núm. 16, Sao Paulo.
- Perrone-Moises, Leyla
1991 "L'image de la France dans la littérature brésilienne (paradoxes du nationalisme)", en *Imagens reciprocas do Brasil e da Franca*, T. 1, IHEAL, París.
- Quattrocchi-Woisson, Diana
1992 *Un nationalisme de déracles. L'Argentine pays malade de sa mémoire*, CNRS, París.

Revel, Jacques

1996 *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Gallimard/Le Seuil/EHESS, París.

Rolim Capelato, María Elena y María Ligia Cohelo Prado

1989 "A l'origine de la collaboration universitaire franco-brésilienne: une mission française à la Faculte de Philosophie de Sao Paulo", en *Prefaces*, núm. 14.

Sánchez, Luis Alberto

1981 *Valdelomar o la belle époque*, FCE, México.

Silva Herzog, Jesús

1993 *Una vida en la vida de México*, Siglo XXI, México.

Simmel, Georges

1989-1990 *Philosophie de la modernité*, 2 vol., Payot, París.

Terán, Oscar

1985 *Discutir Mariátegui*, UAP, Puebla.

Todorov, Tzvetan

1989 *La conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México.

Wallerstein, Immanuel

1989 "1968, revolution in the world-system: theses and queries", en *Theory and Society*, vol. XVIII, núm. 4.

1994 *Eslabones*, núm. 7, México.